

COMENTARIO

Eduardo A. Crivelli Montero ()*

La identificación macro y microscópica de ciertas variedades de cuarcita de procedencias precisas hará más económica la investigación de cómo circulaban los grupos o, al menos, los materiales bonaerenses. En particular, facilitará la reconstrucción de las respectivas cadenas de reducción, hasta ahora más documentadas en las fases de reserva, de uso y de consumo que en las de obtención y de tratamiento primario. A los efectos de saber cómo administraban el recurso lítico los cazadores-recolectores, la Pampa bonaerense es una suerte de laboratorio: es más fácil seguir el rastro de las secuencias operativas aquí, donde hay sólo unas pocas zonas de aprovisionamiento, que en áreas en las que la piedra de talla se encuentra por doquier, como la Patagonia o el Noroeste. Por ejemplo, ¿cuáles de los criterios comúnmente utilizados para seguir las trayectorias de reducción (porcentaje de núcleos, tamaño de los artefactos, reserva de corteza, densidad de facetas de los talones o de la cara dorsal, frecuencia del retoque, relación entre superficie del talón y superficie de la lasca soporte, ángulo de los filos, etc.) resultan más útiles, aplicados a estas cuarcitas bonaerenses?

Recorrer estas cadenas operativas promete avances significativos en la investigación de la real conducta prehistórica regional. Los bonaerenses se valieron de tecnologías líticas lo bastante eficaces como para no haber requerido mayores cambios a lo largo de milenios; pero que distan tanto de haber sido óptimas como las actitudes concretas de los ciudadanos a los que, cada tanto, el Estado exhorta a ser más virtuosos. No parece que hayan seguido, metódicamente y a lo largo de todo el proceso lítico, el camino estrecho y refinado de la optimización, que es uno de los nombres de la perfección. Sabemos, por Flegenheimer *et al.* 1996:128-129, que en las canteras del arroyo Diamante, la mayor inversión se hizo en extraer los bloques de los afloramientos o en descortezar los nódulos, no en la conformación de los núcleos, que en su mayoría son, como las lascas nodulares, amorfos. El derroche fue común: muchos núcleos de muy buena ortocuarcita fueron descartados cuando estaban aún poco formatizados (Flegenheimer *et al.* 1996:128). Los núcleos de hojas son minoría; sin embargo, hubieran sido una opción razonable, teniendo en cuenta la mayor longitud de filos que ellos resultaría, el predominio de los instrumentos unifaciales en los campamentos bonaerenses y el alto costo del transporte de la piedra. En resumen, en esta cantera predominó una conducta de abundancia o de oportunidad, así como en los sitios de vivienda imperó la de escasez, que llevó a reactivar una y otra vez los instrumentos. Nada de esto es maximización a plazo mediano o largo. Trabajos como el que comentamos facilitarán la necesaria distinción entre

(*) PREP/CONICET y Departamento de Ciencias Antropológicas, UBA.
eduardocrivelli@hotmail.com

los comportamientos prehistóricos concretos, inferibles del registro arqueológico, y los modelos (p. ej., de optimización) que procuran abstraerlos, compararlos o explicarlos.

Siempre será difícil saber si el aprovisionamiento lítico se hacía principalmente por medio de expediciones específicas o "al pasar", concomitantemente con otras actividades; lo que parece claro es que la concentración de incentivos económicos, tecnológicos y sociales daba motivos para incluir la sierra de la Tinta en algún circuito. A la temprana referencia de Sánchez Labrador se agregaron, en el siglo XIX, otras menciones que subrayan el papel de la zona en la vida indígena. La carta de compilación de la provincia de Buenos Aires trazada por el presbítero Bartolomé Doroteo Muñoz y publicada en Londres en 1824 indica, de manera precisa: "Sierra de las Tintas. Por los varios ocres conq^e se tiñen los indios" (Martínez Sierra II, 89 e Ilustración XLVI). Cuando Narciso Panchappe cruzó estas alturas el 13 de marzo de 1828, anotó que debían su nombre a "los ocres que van a buscar allí los indios para pintarse el cuerpo y teñir sus pieles", y (quizás no casualmente) encontró también, rodando en la barranca, "algunos pedazos de sílex ..." (Panchappe en d'Orbigny 1945, 2:594). Heusser y Claraz (1863) recogieron la tradición del uso indígena de una "steatite" esquistosa, tanto para hacer bolas como para pintarse las caras. También notaron que esta roca se encuentra generalmente cubierta; pero identificaron la que sería "la mina de los indios", donde había bolas inconclusas. Por último, vieron pedernales "del grandor de una nuez" en las areniscas de la Tinta (1863:13-16). Si a estos ítems sumamos una topografía que creaba corrales naturales (Heusser y Claraz 1863:7) y las muchas aguadas permanentes, podemos imaginar que la zona debe haber sido de convergencia de diferentes grupos.

La litoteca depositada en la Universidad Nacional del Sur se convertirá en un centro de peregrinación, y (como la piedra es pesada) confiamos en que se multipliquen sucursales en otros centros de investigación. También esperamos se publiquen ilustraciones de núcleos y de lascas iniciales de las materias primas identificadas, así como reconstrucciones de las secuencias de talla. La solidez del trabajo comentado debe mucho a la convergencia de autores que tienen especialidades diferentes. Hay varios buenos ejemplos de estas colaboraciones en las pampas; ¿por qué son menos en la Patagonia?

BIBLIOGRAFÍA

- Flegenheimer, Nora; Sergio Kain; Marcelo Zárate y Alejandra Barna
1996. Aprovisionamiento de cuarcitas en Tandilia, las canteras del arroyo Diamante. *Arqueología. Revista de la Sección Prehistoria* 6: 117-41.
- Heusser, Chr. y Georges Claraz
1863. *Ensayos de un conocimiento geognóstico-físico de la provincia de Buenos Aires. I. La Cordillera entre el Cabo Corrientes y Tapalqué*. Buenos Aires, Imprenta del Orden.
- Martínez Sierra, Ramiro
1975. *El mapa de las pampas*. 2 tomos. Buenos Aires, Ministerio del Interior.
- Orbigny, A. d'
1945. *Viaje a la América meridional*. 4 tomos. Futuro, Buenos Aires.